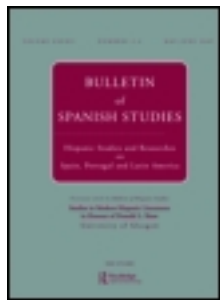


This article was downloaded by: [186.48.209.152]

On: 15 December 2011, At: 11:35

Publisher: Routledge

Informa Ltd Registered in England and Wales Registered Number: 1072954 Registered office: Mortimer House, 37-41 Mortimer Street, London W1T 3JH, UK



Bulletin of Spanish Studies

Publication details, including instructions for authors and subscription information:
<http://www.tandfonline.com/loi/cbhs20>

Eduardo Acevedo Dı́az, Alejandro Magarinos Cervantes y los orı́genes de la novela histo´rica en el Uruguay

Gustavo San Romarı́n^a

^a University of St Andrews

Available online: 03 Jun 2010

To cite this article: Gustavo San Romarı́n (2003): Eduardo Acevedo Dı́az, Alejandro Magarinos Cervantes y los orı́genes de la novela histo´rica en el Uruguay, Bulletin of Spanish Studies, 80:3, 323-345

To link to this article: <http://dx.doi.org/10.1080/1475382032000114388>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

Full terms and conditions of use: <http://www.tandfonline.com/page/terms-and-conditions>

This article may be used for research, teaching, and private study purposes. Any substantial or systematic reproduction, redistribution, reselling, loan, sub-licensing, systematic supply, or distribution in any form to anyone is expressly forbidden.

The publisher does not give any warranty express or implied or make any representation that the contents will be complete or accurate or up to date. The accuracy of any instructions, formulae, and drug doses should be independently verified with primary sources. The publisher shall not be liable for any loss, actions, claims, proceedings, demand, or costs or damages whatsoever or howsoever caused arising directly or indirectly in connection with or arising out of the use of this material.

Eduardo Acevedo Díaz, Alejandro Magariños Cervantes y los orígenes de la novela histórica en el Uruguay

GUSTAVO SAN ROMÁN

University of St Andrews

Eduardo Acevedo Díaz (1851–1921) es generalmente considerado el primer novelista importante de Uruguay, y uno de los grandes practicantes del género histórico en América Latina. Es a él a quien elige una respetada crítica inglesa para tratar el tema de la novela histórica en su libro sobre la literatura del continente, y su apreciación generalmente positiva es consistente con la de los principales estudiosos uruguayos.¹ Entre éstos se destaca el pionero de la moderna valoración de la obra de Acevedo Díaz, su colega de oficio e ideología política Francisco Espínola, quien en un seminal prólogo hizo hincapié en la aspiración de Acevedo Díaz de hacer del pueblo oriental el verdadero protagonista de su serie de novelas.² Su profundo sentimiento nacionalista incitó a Acevedo Díaz a escribir no sólo una tetralogía de novelas y varios cuentos de ambiente histórico en los que aspiró a contribuir a la consolidación de una identidad uruguaya, sino también una extensa obra periodística e histórica, cuyos frutos más sustanciosos fueron los ensayos *Épocas militares de los países del Plata* (Barcelona, 1911) y *El mito del Plata: comentario al último juicio del historiador Mitre sobre Artigas* (Buenos Aires, 1916 y 1917). La mayoría de estas obras fueron escritas y publicadas originalmente fuera del país.

Entre las numerosas fuentes confirmatorias de las metas de este autor, conviene citar una que es contemporánea de las obras que nos interesarán más adelante. Se trata de una carta a Enrique Rivarola de agosto de 1890 en la que describe su preocupación por rastrear el origen y la evolución del ser nacional:

Sociedades nuevas como la nuestra [...] necesitan empezar a conocerse a sí mismas en su carácter o idiosincracia, en sus propensiones

1 Jean Franco, *An Introduction to Spanish American Literature*, 3a. ed. (Cambridge: Cambridge U. P., 1994), 63–66.

2 Francisco Espínola, Prólogo a *Ismael* (Montevideo: Círculo de Lectores, 1966), 26 y 40; la primera edición de este estudio es de 1945.

nacionales, en sus impulsos e instintos nativos, en sus ideas y pasiones. Para esto es forzoso recurrir a su origen, a sus fuentes primitivas y a los documentos del tiempo pasado, en que aparece escrita con sus hechos desde la vida del embrión, hasta el último fenómeno de la obra evolutiva.³

Entre las causas de esta devoción por su país suelen resaltarse la tradición familiar de Acevedo Díaz, que cuenta con la digna actividad militar de su abuelo, el general patriota Antonio Díaz, autor de unas 'Memorias' que su nieto cita a menudo en sus obras, y la de la propia experiencia vital del escritor, quien militó en el partido Blanco como soldado y como periodista y director de periódico hasta que fue expulsado por apoyar la candidatura del Colorado José Batlle y Ordóñez en 1903.

Algunos de estos rasgos se encuentran también en la vida y obra de quien fuera su catedrático de derecho en la universidad y su predecesor en los dos géneros que practicó: Alejandro Magariños Cervantes (1825–1893). Este personaje tan poco recordado hoy fue figura de gran resonancia en la segunda mitad del siglo diecinueve, llegando a ocupar importantes cargos en las esferas política y cultural del país, entre ellos dos puestos ministeriales en el gobierno de Lorenzo Batlle, rector de la universidad desde 1878, y presidente de la comisión para las celebraciones del monumento de la Florida en 1879 (cuando el joven Zorrilla de San Martín cautivó al público con la recitación de *La leyenda patria*). Como Acevedo Díaz, Magariños Cervantes albergó fuertes sentimientos nacionalistas que expresó en obras de ambiente nacional y en trabajos de historia. Además de varios poemas y obras de teatro hoy relegadas al olvido, nos interesará en lo que sigue su novela *Caramurú* (1848 o 1850), cuyo fondo son los años de la dominación portuguesa y brasileña de la provincia oriental (1817–1828).⁴

La escritura de esta novela es contemporánea de la obra de historia más importante del autor, sus *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*. Uno de los primeros abordajes serios del tema, este trabajo apareció originalmente en una serie de artículos para el diario madrileño *El Orden* en 1852. Su autor los recopiló más tarde en el libro citado, que salió en París en 1854 como primer volumen de una Biblioteca Americana que planeaba dirigir el mismo Magariños Cervantes, pero que por fin no llegó a incluir otros tomos. Como su continuador, Magariños escribió estas obras

3 Citada en Alfredo R. Castellanos, 'La vocación histórica de Eduardo Acevedo Díaz', *Revista Histórica* (Montevideo), Año LXXIV, Tomo LIII, núms 157–59 (Abril de 1981), 209–52 (p. 250).

4 La primera edición conocida de *Caramurú* es la de 1850 en dos tomos (Madrid: Tip. de Aguirre y Cía). Pero en la que usaremos aquí (Montevideo: Claudio García y Cía, s/f, c.1939), avisa el autor en nota a la p. 76 que 'esto se escribió y publicó en 1848'. En las citas se ha mantenido la peculiar ortografía, pero se han corregido los acentos y la puntuación. De aquí en adelante se citarán las páginas entre paréntesis en el texto.

en el extranjero. Entre los rasgos más interesantes de estos *Estudios* hay una visión de los Estados Unidos que es clara (aunque menos gentil) prefiguración del *Ariel* de su compatriota Rodó:

[un] pueblo que, infatuado con su prosperidad material, no reconoce otro código que la fuerza, que se deja guiar por los impulsos ciegos de una desenfrenada ambición y codicia, que se atrae la ira y la animadversión de todos con sus repetidos desmanes [...]; un pueblo semejante, nunca, jamás impondrá su yugo al altivo, hidalgo y valiente pueblo sudamericano, a menos que éste descienda al último límite de la degradación y el envilecimiento!⁵

El tono proto-arielista en este caso ahija también un pronóstico negativo del vecino del norte:

No se nos oculta cuál pudo haber sido la misión de esa raza, bajo las nobles inspiraciones de un Washington, de un Franklin, de un Monroe, si la Unión, a la par de su pasmoso progreso agrícola, comercial, industrial, etc., hubiese cultivado con igual éxito los sentimientos morales; pero la bandera que hoy despliega, y las malas pasiones que nutre y fomenta, inspiran serios temores acerca de su porvenir a todos los que penetran en el fondo de las cosas sin deslumbrarse por el oropel que las circunda. (*Estudios*, 11)

En su fino prólogo a los *Estudios históricos*, y luego de reconocer las carencias estéticas del autor, emite Juan E. Pivel Devoto la siguiente valoración:

Queda en pie para salvar del olvido a Magariños Cervantes, entre otros muchos méritos por él contraídos, la concepción americanista de sus temas, la honradez con que trabajó para dar a nuestras letras un acento nacional y el no pequeño que resulta de haber divulgado en un escenario europeo, tan ausente de la realidad americana como era el de la España de la época, los rasgos más salientes de la vida de estos pueblos. (*Estudios*, xvii)

En efecto, la experiencia del autor en el viejo mundo lo convierte en un muy sólido candidato a primer uruguayo de letras reconocido fuera de fronteras, pues su obra halló expresión en importantes medios periodísticos europeos, incluida la prestigiosa *Revista Española de Ambos Mundos*, de la que fue director por dos años en París (1853–55). Durante su estadía en el extranjero Magariños Cervantes logró el respeto y la admiración de varios colegas europeos, entre los que se contó José Zorrilla, y en general hizo una labor de presentación de su país y del continente latinoamericano que

5 Alejandro Magariños Cervantes, *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*, 2 tomos (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1963), I, 10–11. Se citarán las páginas entre paréntesis en el texto.

implicó tener que enfrentarse a las versiones prejuiciosas que de ambos existían allí. Estos logros no están nada mal para un joven veinteañero: de 22 cuando intentó por primera vez publicar los *Estudios históricos*, que recién vieron la luz en *El Orden* cuatro años más tarde (*Estudios*, xix–xxiii), de 23 o 25 cuando apareció *Caramurú* y de 24 cuando salió *La estrella del sud*, siendo una de ellas probablemente la primera novela uruguaya.⁶

La imagen que presenta Magariños del escritor como trabajador por la evolución social y política de su mundo tiene fuertes parecidos con la de Acevedo Díaz, como se nota en su declaración de *ars poetica*, ‘Nuestro lábaro’: ‘Hijos de la revolución, hemos procurado penetrar en las entrañas de nuestra sociedad, buscando [...] la solución del problema político y social, cuyos misterios ha de revelarnos el triunfo definitivo de la democracia’;⁷ y más adelante, ‘heraldo del porvenir, adalid de la justicia y de la verdad, el poeta, y el poeta americano más que ningún otro, tiene una misión eminentemente social que cumplir, si quiere merecer ese honroso dictado’ (‘Lábaro’, xix). Parte de esta empresa es, como la de Acevedo Díaz, el encontrar en la historia patria inspiración para los tiempos actuales: ‘Como faros luminosos que señalan el punto de partida y el arduo derrotero trazado delante de la nueva generación, volvemos atrás la vista para cantar los días gloriosos de nuestra independencia, en esta época de lucha a muerte entre la barbarie y la civilización’ (‘Lábaro’, xvi–xvii). En otra declaración que resucitará en Acevedo Díaz, dice Magariños: ‘Sólo en el profundo estudio de nuestro pasado, dice un recomendable escritor, aprenderemos a apreciar el presente, y descubrir la clave del porvenir’ (‘Lábaro’, xvii); en su tarea aspira a ‘pulimentar’ los ‘hechos, episodios, rasgos, que son verdaderos’ de la historia nacional, y aunque no está seguro de poder alcanzar su meta, ‘en ella tenemos clavados los ojos, y la fe y la esperanza nos acompañan’ (‘Lábaro’, xviii). Vemos entonces que hay un buen grado de concordancia entre las aspiraciones de ambos escritores. Hay también disimilitudes; una es la influencia de las ideas de Domingo Faustino Sarmiento sobre la oposición entre civilización y barbarie, cuyas consecuencias examinaremos más adelante; la otra estriba en los respectivos logros artísticos de cada uno.

Es percepción generalizada entre sus lectores del siglo XX que la empresa de Magariños Cervantes fue mayor a su capacidad de escritor. Se cumplió en su caso lo opuesto de lo que él mismo predecía para su imagen

6 La larga carta de su amigo el historiador español Modesto Lafuente recomendando la publicación del *Ensayo histórico-político sobre las repúblicas del Río de la Plata* (así llamado entonces) a un posible editor de Barcelona, fechada el 30 de junio de 1848 y precedida por una nota de Magariños Cervantes, aparece en la siguiente recopilación de obras sueltas de éste último: *Violetas y Ortigas* (Montevideo: Imprenta de El Siglo, 1880), 104–15.

7 Alejandro Magariños Cervantes, ‘Nuestro lábaro’ (1844), en *Palmas y ombúes* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1884), xiv–xxi, xvi. En adelante se citarán las páginas entre paréntesis en el texto.

ideal del poeta: 'tal vez renegado por sus contemporáneos, pero bendecido por la posteridad' ('Lábaro', xx), pues aunque en vida fue importante y respetada figura del ambiente cultural y político nacional, con su muerte llegó el olvido o la reprobación. O, en sucinta evaluación de uno de sus biógrafos: 'Pasado el hombre, principia el descenso de su fama, tan rápido y profundo como inmerecido había sido el excesivo encumbramiento'.⁸ En efecto, la actitud positiva o tolerante de Pivel Devoto (también autor de un favorable prólogo anónimo a la edición más reciente de la novela, la de Claudio García), es excepcional en el coro de la crítica póstuma sobre Magariños Cervantes, que en general no trata de sus *Estudios* sino de su obra literaria. Uno de los juicios más terminantes es el de Alberto Zum Felde, quien señala en cuanto a *Caramurú* que 'Magariños ha batido el *record* de lo incongruente. La imaginación folletinesca, que es imaginación sin brújula ni sentido, está aquí en auge horroroso'.⁹ Es sólo en la última docena de años, con el auge en el interés por textos marginalizados, que se ha retornado a este autor con ánimo más favorecedor.¹⁰

El presente ensayo considerará la manera en que el pionero y el perfeccionador integran la historia en la ficción, dejando de lado consideraciones específicamente estilísticas.¹¹ Antes de seguir, conviene dar un resumen del contexto histórico que interesa, y de los tres textos a estudiar. La Provincia Oriental, originalmente parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata, aspiró mediante el caudillo José Gervasio Artigas a un modelo federal basado en el de los Estados Unidos. La propuesta de Artigas no fue bien recibida en Buenos Aires, celosa de su poder sobre el país. Luego de la invasión portuguesa (1816–20), la provincia se convirtió en Provincia Cisplatina del Reino de Juan VI. Su hijo Pedro I declaró la independencia del Brasil a fines de 1822, lo que causó un conflicto en Montevideo entre los que apoyaban la unión con Brasil, liderados por el gobernador general y ex-comandante de las fuerzas invasoras Carlos Francisco Lecor, y los que se mantenían fieles a Portugal, cuyo jefe era el brigadier Álvaro da Costa. Lecor se retiró a Canelones y desde allí puso sitio a Montevideo en enero de 1823 y retomó la ciudad en febrero de 1824, dando comienzo a la etapa brasileña de la conquista. Mientras tanto, varios intentos de rebelión por parte de patriotas orientales fueron reprimidos. En abril de 1825 un grupo de exiliados en Buenos Aires,

8 Roger Bassagoda, *En torno a Don Alejandro Magariños Cervantes y a su drama 'Amor y patria'* (Montevideo: Publicaciones de la Biblioteca de Historia, 1942), 3.

9 Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, 3 tomos (Montevideo: Librosur, 1985), I, 152.

10 Ver Virginia Cánova, *'Caramurú': la obra que inicia el camino de la novela nacional uruguaya* (Montevideo: Banda Oriental, 1989).

11 Estudio las diferencias de estilo entre los textos discutidos aquí en un trabajo relacionado con el presente: 'La manera de hacer novela en Alejandro Magariños Cervantes y Eduardo Acevedo Díaz', *Boletín de la Academia Nacional de Letras* (Montevideo), núm.11 (enero-junio 2002), 145–64.

cuyo número en la historiografía tradicional es de Treinta y Tres, llegaron a la costa Oriental, liderados por Juan Antonio Lavalleja, y comenzaron la llamada Cruzada Libertadora. Luego de una serie de triunfos militares se estableció un gobierno provisorio en el pueblo de Florida que hizo una solemne Declaratoria de Independencia el 25 de agosto, a la que volveremos. El 12 de octubre de 1825 las fuerzas patriotas vencieron a las de Lecor en la batalla de Sarandí, lo que incitó a Buenos Aires a enviar refuerzos; orientales y argentinos unidos, bajo la comandancia del general argentino Carlos María de Alvear, vencieron a las fuerzas brasileñas en Ituzaingó el 20 de febrero de 1827. Este hecho llevó a las negociaciones de paz, agilizadas por diplomáticos ingleses en la zona, que se concretaron en la Convención Preliminar de Paz firmada en Brasil el 27 de agosto de 1828 y ratificada en Montevideo el 4 de octubre de 1828, lo que en efecto dio comienzo a la existencia del Uruguay como país independiente, sellada por la Jura de la Constitución el 18 de julio de 1830. En este contexto se ubican las tres novelas.

El protagonista de la entretenida pero inverosímil trama de Magariños Cervantes es un caudillo gaucho oriental de nombre Amaro y de apodo Caramurú, que significa *el hombre de la cara de fuego*, o lo que es lo mismo, *Satanás* (*Caramurú*, 63, énfasis en el original). El sobrenombre, que tiene un antecedente literario brasileño en el poema homónimo de José de Santa Rita Durão (1781), le fue dado por los invasores portugueses por crímenes que le atribuyeron para justificar su persecución y que él aceptó porque ‘no podía simbolizar mejor la guerra de esterminio que se propuso hacerles desde un principio’ (*Idem*). La novela se abre con el rapto por parte de Amaro de Lía, niña de 13 años y de perfecta belleza del romanticismo: ‘la mujer que [los hombres] se han forjado en sus ensueños de amor y de poesía’, ‘ángel en forma de mujer’ (*Caramurú*, 72, 73). Más tarde se cuenta cómo Amaro salva a Lía del ataque de un yacaré un día en que la doncella estaba paseando en el campo, y cómo se enamoran. Lía es de Montevideo, pero su padre la ha enviado a la estancia de su hermana Eugenia en Paysandú, a tomar las aguas del Uruguay para convalecer de una debilidad general (condición también muy romántica). Lía esta comprometida con un noble del Brasil, D. Álvaro Abreu de Itapeby, cuyo hermano, D. Nereo, es acaudalado comerciante asentado justamente en Paysandú y por lo tanto conocido de la tía de Lía. Pero en esta novela de relaciones improbables, D. Nereo también tiene una larga amistad con Amaro, como se descubre cuando éste lo visita para pedirle fondos, aparentemente con el fin de salir del país pero en realidad para financiar la revolución. Los vínculos entre los personajes se estrechan todavía más cuando se explica que el padre de Lía, el abogado patriota (pero con esposa y hermana partidarios de la invasión) D. Carlos Niser, resulta haber sido defensor de Amaro en un pleito en 1815. Luego de una serie de aventuras poco creíbles pero divertidas, en las que se presenta un mundo americano estilizado para

consumo del lector extranjero, Amaro se encuentra con su rival D. Álvaro en la batalla de Ituzaingó. D. Álvaro resulta herido de muerte y es llevado a la estancia de D. Carlos, que casualmente se encuentra en las cercanías, y en su postrer discurso les desea a los novios felicidad eterna y hace la confesión (que ayuda a descifrar retroactivamente un buen número de oscuros juicios previos sobre Amaro) de que el gaucho es hermano natural de los dos nobles, ya que su padre el conde de Itapeby, en un viaje a Paysandú de joven, había seducido a la hija de una de las familias más distinguidas del departamento.

Las dos novelas de Acevedo Díaz que corresponden a la época de la Cisplatina cubren, en más del doble de páginas, un período más breve (desde 1823 hasta la batalla de Sarandí, octubre de 1825), por lo que se trata de un abordaje mucho más denso del tema. Esto se nota ya en el comienzo de *Nativa* (1890), donde se dedican los primeros dos capítulos a dar amplia y detallada información sobre el contexto histórico y la vida cotidiana en el Montevideo controlado por Brasil. La perspectiva se traslada luego a la estancia Los Tres Ombúes del 'estanciero simpático y liberal' Luciano Robles y sus hijas Dora y Natalia.¹² Éstas ven un día en el monte a un atractivo joven, Luis María Berón, quien, como luego sabremos, pertenece a la clase alta española de Montevideo. Berón se ha fugado de la capital para unirse a las fuerzas de Leonardo Olivera, jefe de un destacamento de patriotas que mantienen el fervor independentista en la campaña. Con ellos pelea en una batalla donde hiere al teniente brasileño Pedro de Souza, perdonándole la vida. Junto con su ayudante Esteban, negro liberto, y Cuaró, bravo soldado charrúa, se desprende Berón de las fuerzas de Olivera poco antes de que éste sea forzado a desbandarlas y entregarse al gobernador Lecor. Berón y sus colegas, a quienes se le agrega un grupo de matreros que incluyen al gaucho Ladislao, ex-soldado de Artigas, terminan en tierras de Robles, donde el montevidiano resulta herido por un novillo bravo. Pronto se conocen todos, y las dos hijas del estanciero se enamoran de Berón; éste opta por la mayor, Nata. Durante una visita de fuerzas de Lecor a la estancia, con el fin de levantar ganado, Berón y sus compañeros se les enfrentan; aunque resultan vencedores los patriotas, su jefe es herido. Lo traen a la estancia donde Nata lo cuida. Dora, víctima de una enfermedad de tipo epiléptico, la 'gota coral', se cae en un remanso y muere ahogada. Durante el funeral, llega un destacamento de Montevideo, liderado por Pedro de Souza, con órdenes de llevar al estanciero preso por haber intervenido en el reciente ataque en la estancia; reconociendo al perdonador de su vida, de Souza da permiso para que se quede Berón a recuperarse en la estancia. La novela termina con los clamores de la cruzada libertadora de Lavalleja, y un abrazo de Ladislao, gaucho bravo, y Berón, intelectual ciudadano, en el que se unen las dos

12 Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa* (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1964), 53. En adelante se citará la página entre paréntesis en el texto.

fuerzas que serán necesarias para lograr la independencia.

La trama continúa, de manera bastante más ágil por cierto, en *Grito de Gloria* (1893), que recorre los meses desde los preparativos de la Cruzada de los Treinta y Tres Orientales, a partir de principios de 1825, hasta el triunfo de Sarandí de octubre. Se relata en detalle la reunión en el saladero de Pascual Costa cerca de Buenos Aires donde Oribe, Lavalleja y otros patriotas exiliados planean la cruzada libertadora. Hay finos retratos de los dos caudillos, y descripción de los pasos previos al desembarco y de las complicaciones que tuvieron que enfrentar. Berón se une a la cruzada en la división comandada por Oribe, como su ayudante personal. Los retratos de personajes ficticios como Cuaró y la gaucha Jacinta, amante efímera de Berón, y una aventura de don Cleto, capataz en la estancia de Robles, con un paisano que lleva ojotas, mantienen el alto interés de la trama. Dos importantes episodios de la historia real son recreados eficientemente: el encuentro del Monzón entre Lavalleja y Rivera, en que éste se cambia al bando de los patriotas (era 'Brigadiero' de los invasores); y la batalla de Sarandí, en que Berón es herido de gravedad. En un capítulo que, como anota Emir Rodríguez Monegal en su prólogo, anuncia el futuro conflicto intestino de que se ocupará la última novela del ciclo, *Lanza y sable* (1914), se baten Cuaró y el ahora riverista Ladislao. Hay también pinturas del ambiente ciudadano, gracias a las coloridas intervenciones del padre de Berón y de la negra Guadalupe, quien acompaña a Nata mientras su padre don Luciano está preso. Éste queda en libertad por fin gracias a la influencia de Pedro de Souza, ahora enamorado de Nata, y la familia decide volver a la estancia. Están allí cuando (en el antepenúltimo capítulo) Esteban trae a su señor herido; la bala que tiene adentro lo mata al poco tiempo, y su cuerpo es enterrado junto al de Dora, en una ceremonia que hace eco de la de ella.

Historia y ficción

Como queda dicho, los dos novelistas declaran en manifiestos o en correspondencia su interés en explorar los orígenes de la nacionalidad uruguaya; en el caso de las obras que nos conciernen, se concentran en la recta final de la carrera por la independencia. Para considerar la manera en que cada uno presenta la historia, conviene dividir el asunto en dos partes: la veracidad de los hechos relatados, que importa sobre todo en el caso de Magariños, y el mensaje ideológico que conllevan, donde es más interesante la postura de Acevedo.

Caramurú utiliza los hechos históricos como marco general de la trama. Hacia el comienzo se informa que los tiempos son allá por los años de 1823 (*Caramurú*, 48), pero el panorama es algo vago hasta el penúltimo capítulo, titulado 'La batalla de Ituzaingó', hecho que como queda dicho tuvo lugar el 20 de febrero de 1827. A partir de este hito se puede calcular con cierta precisión el período que cubre la novela. Ya en el capítulo anterior (XVI) se

explica que el conde D. Álvaro ‘obtuvo por fin permiso de incorporarse al ejército’ del marqués de Barbacena, quien se enfrentaría con el general argentino Carlos María de Alvear, jefe de las fuerzas de las Provincias Unidas, y donde por su parte Amaro, ‘con sus montoneros, un escuadrón de lanceros alemanes y dos batallones de infantería, formaba en el ala izquierda’ (*Caramurú*, 214). Los dos contrincantes de la novela, encajados entonces en un contexto verídico (incluida la referencia a las tropas alemanas, que originalmente habían estado al servicio del Brasil), se reúnen la noche anterior para llevar a cabo el duelo acordado después de la (ficticia) batalla de Paysandú en que los montoneros de Amaro vencieron a las fuerzas brasileñas.¹³ El duelo no se concluye por razones románticas y psicológicas (Amaro no puede matar en frío) y los hombres prometen resolver su disputa en la batalla de la que formarán parte al otro día. Allí se encuentran y pelean entre sí, pero sin herirse, hasta que ‘una traidora lanza’ de un tercero toca a D. Álvaro; Amaro mata al responsable y lleva al herido a la estancia de D. Carlos. En este momento el narrador ofrece uno de sus comentarios históricos, donde relata las trascendentales consecuencias del triunfo patriota, que llevarán a la Convención Preliminar de Paz firmada en Brasil el 27 de agosto de 1828 (año que en la edición de Claudio García aparece erróneamente como 1822 [*Caramurú*, 229]).

La otra batalla de la novela, en Paysandú, no remite a un hito histórico reconocible, pero ciertos datos sueltos permiten otorgarle una fecha aproximada dentro del texto. Sabemos que la edad de Amaro es ‘como de veintiocho años’ (*Caramurú*, 41); también sabemos, por lo que le dice a D. Carlos al recordar cómo lo ayudó en su calidad de abogado frente a las autoridades de Minas, que en 1815 tenía veinte años (*Caramurú*, 168). Si sumamos la diferencia de ocho años a ese 1815, el presente de la batalla sería 1823. Por otro lado, a fines de esa batalla inventada se ponen de acuerdo los dos pretendientes de Lía en batirse a duelo ‘dentro de seis meses, el 3 del próximo octubre’ en las afueras de Montevideo (*Caramurú*, 207). Según este dato, el encuentro de Paysandú habría sido el 3 de abril, siempre de ese año 1823. D. Álvaro no puede asistir al duelo, como explica en una carta desde Río de Janeiro, por órdenes del emperador, quien le quiere confiar el mando de ‘algunas de las fuerzas que se están organizando en Río Grande y que deben en la próxima primavera reforzar a las tropas que tenemos en esa provincia, pues, como no ignoráis, vamos a declarar la guerra a Buenos Aires antes que ella nos la declare’ (*Caramurú*, 213). El narrador informa acto seguido que ‘se transcurrieron tres años, en los cuales el Brasil en mal hora declaró la guerra a Buenos Aires. En mar y tierra las armas imperiales se vieron humilladas’ (214). Dado que esta

13 Juan José Arteaga y María Luisa Coolighan, *Historia del Uruguay. Desde los orígenes hasta nuestros días* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1992), dicen que entre los motivos de la nueva postura de Buenos Aires en contra de la independencia de la provincia oriental estaban ‘los tumultos de las tropas alemanas al servicio de Brasil en Río’ (294).

declaración de guerra tuvo lugar el 10 de diciembre de 1825, el año presente sería 1822, o sea tolerablemente 'allá por los años de 1823', como se decía hacia el principio de la novela. Se puede concluir entonces que, como era de esperar de un cuidadoso historiador, el uso de las fechas en la novela es bastante consistente, tanto intrínsecamente como en sus referencias a la realidad.

Las aventuras de Amaro tendrían lugar por lo tanto durante un período en que crece el poder brasileño en la provincia oriental, en esos momentos 'Cisplatina', luego de la independencia de Brasil declarada por el Emperador Pedro I a fines de 1822. Las actividades montoneras de Amaro serían entonces anteriores a la cruzada que comenzó el 19 de abril de 1825, y abarcarían el conflicto entre portugueses y brasileños en la Cisplatina. Así se explica la lealtad de Doña Petra, madre de Lía, hacia el rey Juan VI de Portugal. Por su parte, su marido D. Carlos (quizás uno de los 'Caballeros Orientales' que a la sazón se reunían en secreto en Montevideo) se contaba entre los que apoyaban la posición de rechazo tanto a Portugal como a Brasil, y de adhesión en cambio a las Provincias Unidas, como declaró el Cabildo de Montevideo el 29 de octubre de 1823, en un claro antecedente de las leyes de la Florida del 25 de agosto de 1825.¹⁴ Esta postura revolucionaria del Cabildo fue aplastada por el retorno de Lecor, que llevó al exilio bonaerense a los patriotas más comprometidos, entre ellos los futuros Treinta y Tres.

Una evidente libertad que se toma el autor con la historia ocurre al final de la batalla de Paysandú, cuando las huestes de Amaro clavan 'la bandera blanca con el sol de oro y las siete franjas azules' (*Caramurú*, 195), pabellón que no es ni el tradicional de Artigas, ni la versión de éste usada por los Treinta y Tres (con el rótulo 'Libertad o Muerte'), que serían los de esperar, ni el declarado algo más tarde por la Asamblea de la Florida el 25 de agosto ('compuesto de tres franjas horizontales celeste, blanco y punzó'),¹⁵ ni ninguna de las dos versiones del estado independiente oriental, en todo caso ambas posteriores al tiempo de la novela y que sí tuvieron franjas azules y sol en el ángulo superior del asta (nueve en 1828 y cuatro en 1830).¹⁶ El que la bandera en uso por los patriotas era tricolor queda confirmado por el relato de Juan Spikerman, uno de los Treinta y Tres, del encuentro entre Lavalleja y Rivera en el Monzón el 29 de abril de 1825 (en que el segundo abandona el servicio del Brasil para unirse a la cruzada libertadora): al llegar al campamento de Rivera 'desplegamos la bandera tricolor y procedimos a desarmar todo lo que era brasileño, alistando a los orientales en nuestras filas'.¹⁷

En resumen, *Caramurú* es generalmente fiel a los hechos, aunque no los

14 Arteaga y Coolighan, *Historia del Uruguay*, 265.

15 Tercera ley del 25 de agosto, citada en *ibid.*, 283.

16 Arteaga y Coolighan, *Historia del Uruguay*, 300-01.

17 *Ibid.*, 277.

persigue en detalle; además les agrega, entre otros elementos artísticos, un héroe y una batalla ficticios y una bandera anacrónica. Amaro es caudillo pionero y autónomo en la lucha contra los invasores, y por lo tanto antecedente de la cruzada libertadora que surgirá dos o tres años más tarde y que llevará al nacimiento de la nacionalidad uruguaya. Esta posición tan heroica e individualista es perfectamente afin al ideal romántico dentro del que escribe Magariños Cervantes.

La historia en *Nativa y Grito de gloria* provee no sólo el marco general de la acción, sino su hilo conductor. En dos novelas, cada una más extensa que *Caramurú*, cubrió Acevedo Díaz un período histórico de menos de tres años, desde los tempranos signos de rebelión oriental a principios de 1823, hasta la batalla de Sarandí. La información es ahora mucho más detallada, y forma explícitamente la tarea principal del autor, quien así lo declara en una intromisión al final del primer capítulo de *Nativa*: 'Tal era el estado de las cosas y de los espíritus, en el instante histórico y preciso en que comienza nuestro relato,—desarrollo lógico del plan que nos impusimos en nuestro libro anterior, diseñando allí sus primeros lineamientos' (*Nativa*, 25). Una similar puesta en escena histórica abre las demás novelas de la serie, por lo que vemos entonces una clara diferencia con las intervenciones más breves y generales de Magariños Cervantes. Además, los personajes ficticios de Acevedo Díaz se mueven en un contexto histórico cuya fiabilidad es no sólo frecuentemente reiterada por el autor sino que en general ha sido tácitamente acordada por la crítica y los historiadores. Sería por lo tanto laborioso y potencialmente poco iluminador corroborar en detalle las varias referencias históricas que aparecen en las dos novelas.

Hay un caso de uso de la historia en la novela, sin embargo, que merece resaltarse. Se trata del episodio que provee el fondo de los capítulos IX–XIII de *Nativa*, y que Roberto Ibáñez bautiza como la 'protocruzada' de Leonardo Olivera.¹⁸ Se trata de un hecho que no aparece en los principales textos de historia del Uruguay, ni en algunos de los dedicados específicamente a la Cisplatina. En efecto, no hay mención de Leonardo Olivera en las *Historias del Uruguay* de Berra y Eduardo Acevedo, ni en los libros especializados de Arcos Ferrand y de Castellanos sobre ese período;¹⁹ sí la hay en el *Diccionario uruguayo de biografías* de Fernández Saldaña, en la *Nomenclatura de Montevideo* de Castellanos, y en la *Historia del Uruguay* de Arteaga y Coolighan, pero no se habla específicamente de su

18 Roberto Ibáñez, Prólogo a *Ismael* (Montevideo: Biblioteca Artigas: 1953), xxxiv.

19 F. A. Berra, *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*, 4a. ed. (Montevideo: Francisco Ybarra, 1895), 503–04; Eduardo Acevedo, *Historia de Uruguay*, 6 tomos (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1916), I, 411; Alfredo Castellanos, *La Cisplatina, la independencia y la república caudillesca*, 9a. ed. (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990), 21; Luis Arcos Ferrand, *La cruzada de los treinta y tres orientales* (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1978), 95 y ss.

papel de líder de una protocruzada.²⁰ Hay, sí, una referencia a la actividad revolucionaria de Leonardo Olivera en uno de los estudios más exhaustivos sobre el período, el de Campos Thevenin de Garabelli; allí se incluye a este patriota en una lista de los ‘caracterizados caudillos’ protagonistas de las acciones revolucionarias de 1822 y 1823 que dieron forma concreta a la contemporánea campaña de la prensa montevideana. Entre los nombrados con Olivera están Lavalleja, Fernando Otorgués y Manuel Durán.²¹ Esta historiadora también cita una carta de agosto de 1823 del controvertido político y diplomático oriental Nicolás Herrera a su compatriota y colega Lucas J. Obes, ambos altos funcionarios al servicio de los invasores, en que refiere que ‘el tal Leonardo Olivera, después de perdonado contra todo principio de política, parece que empieza a malear’.²² Pero tampoco se habla de una ‘protocruzada’, ni se discute la campaña de Olivera en detalle. Por su parte, el libro de Street sobre Artigas, aunque menciona sólo la actuación más tardía de Olivera, a principios de 1826, tiene el gran mérito de citar la biografía de César Pintos Diago sobre el caudillo.²³ Allí, por fin, hay un capítulo dedicado a ‘La cruzada de 1823’, que incluye un mapa; el autor declara que su tema es ‘bien poco conocido’, y que ‘no sabemos por qué razón [lo] han pasado por alto los historiadores, o, al menos, le han dado poca importancia: va a cruzar el territorio de la Banda Oriental con su montonera, llevando su bandera revolucionaria en alto, burlando la vigilancia imperial’.²⁴ Pintos Diago incluye la versión del mismo Olivera de los hechos que nos interesan:

En el año 1823 fui comisionado por el Excelentísimo Gobierno de Montevideo, de acuerdo con el General Lavalleja que se hallaba entonces en Santa Fe, para formar una reunión, facilitándome el Gobierno, armamento, y lanchas que me condujeron hasta la costa del mar, sobre el departamento de Maldonado; efectué dicha empresa con el mejor éxito, tomando los destacamentos de Rocha y frontera, como también las partidas enemigas que se reunieron para perseguirme, marchando a las puntas del Arroyo Malo, del otro lado del Río Negro, asé a la costa del Uruguay, donde supe que se había frustrado el plan.²⁵

20 José M. Fernández Saldaña, *Diccionario uruguayo de biografías, 1810–1940* (Montevideo: Amerindia, 1945), 916; Alfredo R. Castellanos, *Nomenclatura de Montevideo* (Montevideo: Intendencia Municipal, 1977), 327–28; Arteaga y Coolighan, *Historia del Uruguay*, 276.

21 Martha Campos Thevenin de Garabelli, *La revolución oriental de 1822–1823: su génesis*, 2 tomos (Montevideo: Junta Departamental, 1973 y 1978), II, 32.

22 *Ibid.*, I, 159.

23 John Street, *Artigas and the Emancipation of Uruguay* (Cambridge: Cambridge U. P., 1959), 346.

24 César Pintos Diago, *Leonardo Olivera, el señor del este* (Montevideo: Claudio García, 1945), 38.

25 *Ibid.*, 211.

Vemos entonces que los hechos narrados en *Nativa* (cuyo texto cita Pintos Diago en el mismo capítulo) están basados en la realidad. Pero lo más interesante de este episodio de la novela es que ilustra el uso que Acevedo Díaz hizo de las ‘Memorias’ inéditas de su abuelo, Antonio Díaz, a las que se refiere a menudo en sus escritos y a las que dedica una nota temprana en *Nativa* (8). En estas memorias hay una detallada pintura de la situación de expectativa e insurrección en la plaza de Montevideo cuando las fuerzas de Lecor estaban asentadas en Canelones en marzo de 1823. Entre los elementos rebeldes estaba la actividad periodística de su propio periódico, ‘La Aurora’ (‘que se manifestó entonces a la altura de su misión, llamando a las armas a todo el país, exitando [sic] su entusiasmo, con su lenguaje enérgico, y anunciando haber llegado el día de recobrar la libertad perdida’).²⁶ A esta excitación ciudadana correspondía la organización de patriotas en la campaña, entre las que figuraba Leonardo Olivera, de quien se dice lo siguiente:

Por otra parte, el Patriota Dn Leonardo Alvarez de Olivera, reunió *una fuerza de 200 hombres*, en el Partido de Iguá [sic] y el Alférez, la cual intentaron disolver al principio de su formación, las divisiones continentales[?] de Maldonado y Rocha. A este fin enviaron *tres partidas sucesivamente contra Olivera*, pero todas fueron derrotadas por éste, quedando en su poder 17 prisioneros, *entre ellos dos oficiales*. Con ese motivo *las guarniciones brasileras* de Santa Teresa, Rocha, Castillos y Minas, *se vieron obligadas a replegarse* a Maldonado, *bajo las órdenes del coronel Felisberto*. Dn Leonardo Olivera *se aproximó al Río Negro*, buscando *la incorporación del patriota Don Manuel Durán*, la que *efectuó al fin en el Durazno*. Nada sirvió sin embargo el esfuerzo de estos patriotas, ni los grandes trabajos que se hacían por la independencia política del Estado. El ejército imperial superior en número, y las sordas[?] resistencias que surgieron[?], hasta del seno de algunas asociaciones de retrógrados hijos del país, debilitaron la acción de los independientes. Repetidos reveses, pusieron al enemigo en posesión de la capital del Estado, término por entonces de la conquista. El General Dn Alvaro [da Costa] se retira con sus tropas a Europa. El ejército había dejado de existir, y los restos que aun se sostenían en la campaña se disolvieron.²⁷

26 Archivo General de la Nación (Montevideo), Archivos Particulares, Caja 329, Carpeta 1, Colección de documentos Brig. Gral. Antonio Díaz. El material se encuentra en una bolsa de tela, con la siguiente leyenda: ‘“Memorias del Brigadier Antonio Díaz”. Borradores. Los tenía Eduardo Acevedo Díaz, mi sobrino. Llegaron a mi poder el 5 de setiembre 1903. Morón, fecha ut supra. Coronel Antonio Díaz, hijo del general’. La cita corresponde al Capítulo 6 de una de las versiones que se encuentran en esta bolsa, foja I, pp. 2–3.

27 ‘Memorias del Brigadier Antonio Díaz’, foja III, pp. 3–4, énfasis agregado.

Este fragmento es notable porque en él se encuentran resumidas las pautas esenciales, y algunos detalles precisos, del episodio que ocupará varios capítulos en *Nativa*. Así, al divisar Berón el destacamento de Olivera, ‘Luis María calculó en *doscientos el número de aquellos jinetes*’ (169, énfasis agregado en esta y siguientes citas), y cuando sugiere a Esteban que ‘aquél debe ser Álvarez de Olivera’, su servidor responde, ‘Sí, señor. Es la gente del *Aiguá* y del *Alférez*’ (*Nativa*, 170), haciendo eco de información dada antes (*Nativa*, 135), por lo que se usan datos exactos de las Memorias. Lo mismo sucede en cuanto a los triunfos de la gente de Olivera, en que se citan literalmente expresiones del fragmento: habían librado ‘varios combates en los que cedieron a su empuje las fuerzas enemigas, que arrastraron a su vez en *el repliegue todas las guarniciones que quedaban aisladas en puestos diversos del distrito, a las órdenes del coronel Felisberto*’ (*Nativa*, 136). A las ‘tres partidas sucesivas’ de las Memorias corresponde en la novela la declaración de que Olivera ‘Había vencido *dos o tres veces* sin contar el número, obligando el resto a la fuga por el escarmiento’ (*Nativa*, 137); a este cálculo aproximado corresponde un paralelismo más exacto en cuanto a los oficiales: ‘De los enemigos, los que no habían sido muertos o heridos se encontraban prisioneros. Un gran número de éstos, *y entre ellos dos oficiales*’ (*Nativa*, 221–22).

La ruta de la novela también corresponde a la fijada por el general Díaz. Luego de recoger las armas que les enviara Álvaro da Costa, junto al mar, siguen hacia el norte: ‘Soplaba detrás el sudeste irascible’ (*Nativa*, 208); y antes de la única batalla que se describe, notó Berón que ‘la fuerza sólo presentaba un tercio de su efectivo; e, indagando, supo que el resto había sido destacado en la noche con *rumbo al río Negro*’ (*Nativa*, 218). Por fin, la campaña de Olivera en la novela termina como lo había dicho el abuelo memorialista. Berón supo por Ladislao ‘que don Leonardo de Olivera había disuelto su gente en el río Negro, y sometídose a la autoridad de Lecor’; y que ‘en marchas forzadas Álvarez de Olivera, *rumbo al Negro* en busca del revolucionario *don Manuel Durán* que por esos pagos merodeaba con un grupo de hombres mal armados, *había realizado al fin la junción con éste en el Durazno*; y que después de mantenerse firmes largos días, sin permitir que se apartasen mucho de su campo los destacamentos de Lecor, habían concluido por “largar la gente”’ (*Nativa*, 260).

De estas claras trasposiciones se puede concluir que Acevedo Díaz entonces elaboró, a partir de datos que obtuvo directamente de las Memorias de su abuelo y que no han tenido mayor trascendencia en la historiografía nacional (que todavía espera la publicación completa de estos manuscritos), la efímera campaña de un personaje histórico, con el fin de proveer el contexto necesario para el aprendizaje de su protagonista. Esto ilustra una similitud y una diferencia entre los dos novelistas. Por un lado, a ambos interesan los primeros indicios de la lucha contra los dominadores portugueses y brasileños: Luis María Berón se une a las fuerzas del pionero

Leonardo Olivera, que habría actuado, como Amaro-Caramurú, de manera autónoma y previa a la gran cruzada libertadora de los Treinta y Tres orientales. Por otro lado, los distingue la lealtad a los hechos, algo floja en Magariños Cervantes, y puntillosa en Acevedo Díaz.

Sarmiento en *Caramurú*

Corresponde ahora pasar a la cuestión del mensaje ideológico que conllevan ciertas opciones de cada autor. La diferencia ya notada en cuanto a la elección de batalla como punto final de cada novela, Ituzaingó por Magariños Cervantes y Sarandí por Acevedo Díaz, resulta significativa en este contexto.

La elección del primero celebra la participación de fuerzas comandadas por Buenos Aires en la cruzada de los orientales, y esto no es inconsistente con un mayor interés en los *Estudios históricos* en temas de la zona del Plata que en aquéllos pertenecientes más específicamente al territorio que se convertiría en la República Oriental. Signos iluminadores de este interés son la insistencia en el estudio de Rosas, a quien el autor dedica seis de los capítulos de sus *Estudios*, y la escasa atención que le merecen los acontecimientos de la cruzada libertadora. El bien nombrado capítulo ‘Apuntes históricos de 1810 a 1826’, no sólo es demasiado esquemático; además no pertenece al autor, sino que es transcripción de un anónimo *Cuadro político, histórico y estadístico de la América del Sur* publicado en París en 1827. Magariños explica su decisión de incluir este material extraño a su pluma como resultado de las reacciones a que dieron lugar sus artículos sobre las invasiones inglesas de Buenos Aires y Montevideo (1806–07) entre los descendientes de los virreyes Sobremonte y Liniers y del gobernador de Montevideo Ruiz Huidobro. Optó entonces por seguir el consejo de experimentados periodistas del país que le recomendaron ‘que me ocupase de otros asuntos menos ingratos para la justa susceptibilidad y el orgullo español, humillado con la pérdida del Nuevo Mundo, tanto más cuando habiendo yo nacido allí, y considerando las cuestiones bajo el punto de vista americano, era muy probable, si quería llevar las cosas al extremo, que ni el público ni los tribunales se declarasen a mi favor’ (*Estudios*, 127). En el capítulo escrito por el autor anónimo, sólo un párrafo significativamente sucinto está dedicado al período cisplatino y la campaña contra Brasil:

En 1825, el Brasil había declarado la guerra a Buenos Aires con motivo del auxilio que éste prestaba a los sublevados de la Banda Oriental incorporada al imperio en 1823. La batalla de Ituzaingó ganada por los patriotas el 20 de febrero de 1827, a las órdenes del general argentino don Carlos María de Alvear, obligó al emperador don Pedro I a desistir de sus pretensiones; y por intervención y mediación de la Gran Bretaña se firmó el 27 de agosto de 1828, una convención preliminar de paz,

cuyos principales artículos garantizaban la independencia de la provincia disputada, dejándola en libertad de adoptar la forma de gobierno que creyese más conveniente a sus necesidades e intereses.

(*Estudios*, 142)

Como se ve, no hay mención de la perspectiva oriental, ni de la cruzada de los Treinta y Tres, ni, crucialmente, del triunfo de Sarandí, que tampoco interesa particularmente en *Caramurú*.

Otro detalle confirmador de esta tendencia es la referencia al origen de la independencia de las Provincias Unidas de 1810, y al pabellón de esa entidad (salvo que se trate de otro anacronismo como los ya notados, y apunte a la posterior bandera uruguaya), en el paseo de Lía por la calle 'que hoy llaman *Veinte y cinco de mayo*, vestida de celeste y blanco, dulces colores de nuestra bandera' (*Caramurú*, 73). Ambos detalles van de la mano de una postura influida por las ideas dominantes entre la intelectualidad platense de la época, expresadas, como nota Pivel Devoto en su iluminador prólogo a los *Estudios*, en algunos escritos de su amigo y corresponsal montevideano Andrés Lamas y, más famosamente, en la tesis de 1845 del argentino Domingo Faustino Sarmiento sobre la oposición entre civilización y barbarie. Estas ideas dominaban el Montevideo sitiado por fuerzas amigas de Rosas durante la Guerra Grande, donde se formó Magariños Cervantes, y se pueden observar tanto en la novela como en los *Estudios históricos*.

La declaración más terminante en *Caramurú* sobre los problemas del caudillismo entre los orientales es la siguiente evaluación de la cruzada de los Treinta y Tres: 'De esta manera las filas de los patriotas se fueron engrosando, y a no ser por *la mala inteligencia y rivalidades de los jefes*, es indudable que hubieran acabado con los intrusos, sin necesidad del refuerzo que más tarde les envió Buenos Aires' (*Caramurú*, 87, énfasis agregado). Consistente con esta lectura de la cruzada es la actitud de la novela frente al gaucho, que es personificación de la barbarie para Sarmiento: 'los gauchos, cuyos instintos bélicos e ingénito amor a la independencia había despertado la lucha con la madre patria, seguían espontáneamente al primero que se levantaba contra los *rabudos*, como calificaban a los lusitanos victoriosos' (*Caramurú*, 62). Similar trato reciben en los *Estudios*, donde aparecen improductivos y adictos al vino y al juego, y donde se cita como ejemplos famosos los mismos elegidos por Sarmiento: Quiroga, Rosas y Artigas (*Estudios*, 295–96); de igual modo se insiste en el efecto del ambiente rural en el proceso de barbarización (*Estudios*, 298–99), que lo aleja de su superior rival el hombre de la ciudad (*Estudios*, 300–02) y lo acerca en cambio al indio, de quien tanto ha aprendido (*Estudios*, 303–05). Por otra parte, y siguiendo una ambivalencia del modelo sarmentino, el gaucho es también fanáticamente independiente: 'La mayoría del Plata, repetimos, que se simboliza en el gaucho, tal como lo hemos descrito: [...] ignorante, audaz, rebelde a toda autoridad; más extraviado por falsas ideas

que corrompido y malo' (*Estudios*, 311).

A la luz de esta evaluación del gaucho, no es sorprendente que Amaro resulte ser de noble cuna, y aunque recio, orgulloso y estoico, exhiba 'ocultas y misteriosas afinidades' con quienes luego se revelará son sus hermanos naturales, los condes (*Caramurú*, 59). Todavía más, y esto es central a la visión histórica en *Caramurú*, Magariños Cervantes decide *reemplazar* a la figura de Artigas, caudillo de gauchos por excelencia, con la de su romántico Amaro. El primer eco del Jefe de los Orientales es el apodo del hombre que insulta a Amaro en la pulpería, el *enchalecador*, que '[aludía] sin duda al oficio que desempeñaba en el ejército del célebre Artigas, caudillo americano, que acostumbraba a hacer coser a sus prisioneros españoles dentro de la piel de un novillo recién muerto' (*Caramurú*, 50). A esta imagen sarmentina del caudillo opone Magariños su propia versión romántica: entre los varios caudillos del país, modelo casi todos de audacia y heroísmo, es su Amaro quien 'ocupaba tal vez el primer lugar'. Es más, como su referente verídico, la fama de Amaro 'se había estendido [...] por las dos riberas del Plata y estados limítrofes' (*Caramurú*, 87). El alto prestigio de Amaro, que sólo Artigas tuvo en la realidad, se confirma más adelante cuando Lía piensa en un deseado futuro con su héroe: 'Serás su esposa [...] y cuando luzcan días mejores, tu padre [...] te perdonará el haberte unido sin su consentimiento al primero de los libertadores de su patria' (*Caramurú*, 109).

Tenemos entonces en Magariños Cervantes dos aspectos relacionados de una general visión sarmentina: parcialidad hacia la asociación argentino-oriental, y sustitución de un barbarizado Artigas por la versión más idealizada y noble del romántico Amaro. Con ambos ha de contrastar fundamentalmente Acevedo Díaz.

Orientales y argentinos

En la dimensión ideológica de *Nativa* y *Grito de gloria* no sólo se celebra el ideal artiguista, sino que se lo presenta reencarnado en los ideales y los logros de la cruzada libertadora liderada por Lavalleja y Oribe. Este tema queda anunciado ya desde los títulos de los primeros capítulos de *Nativa* ('Tiempos viejos' y 'El medio ambiente'), y es reiterado a menudo más adelante. La concepción de Artigas en las novelas de Acevedo Díaz es sociológica: el caudillo surge como producto natural de sus circunstancias, más que principalmente como resultado de méritos personales. Vemos aquí una importante diferencia con la visión individualista del protagonista en la novela de Magariños Cervantes, tan consistente con el género romántico al que pertenece. Para Acevedo Díaz el caudillo representa la voluntad de la colectividad rural: 'exceso de energía [...] encarnado en la personalidad de Artigas, que por entonces desempeñaba una función formidable en su medium propio, por inspiración nativa, como resultado lógico de la ruptura de los vínculos coloniales, sin atingencia tal vez con el ideal de los

pensadores y con estricta sujeción a los impulsos instintivos de la masa ajena a los cálculos y convenciones arbitrarias de los gobiernos' (*Nativa*, 4). Esta visión que da Acevedo Díaz de Artigas, como demuestra Castellanos en el artículo citado, es además una de las primeras en enfrentarse a la concepción sarmentina del prócer oriental como representante de la barbarie; hay aquí entonces un profundo desacuerdo con la presentación de Artigas en *Caramurú*.

De esta concepción sociológica de Artigas se sigue el aspecto complementario de la visión del autor, a saber, que los nuevos caudillos de la revolución contra el poder lusitano-brasileño, y especialmente Lavalleja, serán similar producto del mismo espíritu nacional, y por lo tanto reencarnaciones del prócer: 'las personalidades típicas surgen ya dominantes y se hacen prepotentes; y por eso aun cuando no hubiese surgido Artigas, la fuerza espontánea que lo abortó habría engendrado otros de su talla, por la sencilla razón de que él no era una causa sino un efecto' (*Nativa*, 6).

Hasta aquí, la postura de Acevedo Díaz, que tanto contrasta en este sentido con la de su predecesor, es coherente con la historiografía recibida. Es en el segundo campo de oposición con Magariños Cervantes, donde se nota en las novelas del sucesor una actitud más controvertida. Se trata de la interpretación de las ideas de Artigas y de los líderes de la cruzada libertadora en el contexto de las relaciones entre la Provincia Oriental y sus vecinas allende los ríos Uruguay y de la Plata. La propuesta de Acevedo Díaz en *Nativa* y *Grito de gloria* es que la visión artiguista, renovada por la cruzada y sobre todo por Lavalleja, implica el nacimiento de la independencia absoluta de la nación oriental. De ahí la importancia de Sarandí como culminación de la novela doble, pues es en esa batalla donde los orientales pelearon solos y solos vencieron al invasor, como se anuncia en *Nativa*: 'a la lanza ya rota de Artigas debía suceder lógica y fatalmente el sable de Sarandí' (241). Ya en 1871 asumía esta postura el joven veinteañero Acevedo Díaz en su primer ensayo de carácter histórico, cuando decía que 'El apoteosis de los Treinta y Tres es el apoteosis de Artigas', y que 'Sarandí fue la gran batalla de la patria contra el opresor; Ituzaingó fue su consecuencia fatal y necesaria'.²⁸ Más adelante, a dos años de aparecer *Grito de gloria* y siendo director de *El Nacional*, reiteraría estas ideas; así lo hizo en un editorial del 25 de agosto de 1895: 'Soldados ellos mismos de Artigas y actores en aquellas peleas formidables que concluyeron en lúgubre desastre, debían encontrar frescas las huellas, anchos todavía los surcos en que la sangre vertida a raudales había nutrido los gérmenes de *un espíritu nacional independiente*'.²⁹

28 Cit. en Alfredo R. Castellanos, 'La vocación histórica', 216 y 219.

29 'Independencia uruguaya. Los viejos laureles', *El Nacional*, domingo 25 de agosto de 1895, p. 1.

En las novelas se expresan estas ideas a menudo. Un ejemplo es la crítica a los periodistas patriotas de la Cisplatina (entre los que se contaba su abuelo Antonio Díaz, como vimos), quienes, al optar por la unión con la República Argentina, no habían captado la aspiración independentista de las masas campesinas: 'si bien en su prédica invocaban aspiraciones realmente populares, estaban lejos de sostener el principio de una independencia absoluta que era en el fondo el ideal de los orientales' (*Nativa*, 23). En seguida se agrega que el proceso de independencia no estaba muerto, sino en estado latente: 'En el fondo de esa sociabilidad sin iniciativa ostensible, al parecer inerte, persistía no obstante [...] la primitiva tendencia al cambio con la propensión nativa a la rebeldía y a la acción' (*Nativa*, 24). Sólo se espera el momento y el líder apropiados, en lo que no es difícil leer una premonición de Lavalleja: 'Tras del caudillo [Artigas] sólo había quedado denso polvo en la atmósfera mezclado a la sombra de una gran derrota gloriosa; pero, recordábanse en los hogares algunos nombres que eran como esperanzas risueñas [...] y aniversarios de sacrificios cruentos en defensa del terrón' (*Nativa*, 24).

Que es controvertida esta postura de Acevedo Díaz se nota por algunos documentos clásicos de Artigas y de Lavalleja, personajes generalmente asociados en la historiografía nacional con el modelo federalista según el cual la Provincia Oriental aspiraba a ser parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta aspiración está plasmada en las Instrucciones artiguistas de 1813 a la Junta de Buenos Aires, entre las que se puede resaltar la número 2: 'No se admitirá otro sistema que el de confederación para el pacto recíproco de las provincias que formen nuestro Estado', y se confirma en la Ley de Unión de la Asamblea de la Florida de 1825, que declara 'la unión con las demás provincias argentinas, a quien siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce'.³⁰ La influencia artiguista en la Asamblea de 1825 es generalmente aceptada por los historiadores; tal por ejemplo la visión del libro de texto de Arteaga y Coolighan: 'Es a esas Provincias Unidas que la Provincia Oriental decidió integrarse, siguiendo los postulados del ideario artiguista: autonomía dentro de la unión'.³¹ Esta estrecha conexión queda confirmada también por la desilusión que se nota en la respuesta de Lavalleja del 2 de octubre de 1828 a las negociaciones entre Brasil y Argentina que, con la crucial intervención de Inglaterra, dieron como resultado la formación del estado independiente de Uruguay: 'si la guerra no ha podido terminarse sino desligando a la Banda Oriental de la República Argentina, constituyéndola en un estado independiente, ella sabrá dirigirse al Destino que se le prepara sin olvidar los sagrados lazos con que la naturaleza la ha identificado a las Provincias hermanas'.³² Es más, la misma actitud es

30 Arteaga y Coolighan, *Historia del Uruguay*, 211 y 282.

31 *Ibid.*, 283.

32 *Ibid.*, 295.

evidente en otro documento que el mismo Acevedo Díaz cita en uno de los dos estudios históricos que le dedica a la campaña argentino-oriental contra el Brasil, a saber, la proclama de Lavalleja del 17 de noviembre de 1825 a los ciudadanos de Montevideo, hecha a poco de la conquista de la ciudad por los patriotas. Allí dice el caudillo:

¡PUEBLOS! Ya están cumplidos nuestros más ardientes deseos: ya estamos incorporados a la gran nación argentina por medio de nuestros representantes: ya estamos arreglados y armados. Ya tenemos en la mano la salvación de la patria. Pronto veremos en la gloriosa lid, las banderas de las provincias hermanas unidas a la nuestra. Ya podemos decir que reina la dulce fraternidad, la sincera amistad, la misma confianza. Nuestro enemigo está aterrado al ver que no tiene poder para variar el augusto destino a que la providencia nos conduce.³³

Por su postura, Acevedo Díaz es de los pioneros entre los que entienden que las declaraciones de anexión a las Provincias Unidas deben interpretarse en el contexto de precariedad en que vivían los protagonistas orientales, y que en todo caso la anexión fue siempre concebida como una unión de pares según la cual la Provincia Oriental no perdería su soberanía. Esta interpretación es perfectamente consistente con la citada meta del autor de rastrear el desarrollo de la nacionalidad desde sus comienzos en los tiempos de Artigas. La importancia de este asunto va más allá de Eduardo Acevedo Díaz, y afecta a una cuestión fundamental de identidad nacional, cuya condición aparentemente inextricable quedó demostrada en los debates que tuvieron lugar en el parlamento uruguayo en los años 1922 y 1923 sobre la fecha a elegir para celebrar la independencia del país. Se planteaba una alternativa entre el 25 de agosto de 1925, ocasión de las ambivalentes declaraciones citadas (ley de independencia y ley de unión), y el 18 de julio de 1830, día en que se juró la primera constitución de la nación (que fue fruto de una asamblea creada para esos efectos en un país de hecho independiente a partir de la citada Convención Preliminar de Paz, de octubre de 1828); mientras que la Cámara de Representantes optó por la primera, la Cámara de Senadores votó por la segunda. Todavía más: la ambigüedad ha quedado sin resolverse desde entonces, y se siguen conmemorando oficialmente ambas fechas.³⁴

33 Eduardo Acevedo Díaz, *Épocas militares en los países del Plata*, 2a. ed. (Montevideo: Arca, 1973), 171.

34 Ver los dos números de *Cuadernos de Marcha* que contienen documentos relevantes ilustrando las dos interpretaciones: núms 18 (Octubre de 1968) y 19 (Noviembre de 1968); ver también los dos tomos sobre *La independencia nacional* editados por Juan E. Pivel Devoto en la Biblioteca Artigas, Vols 145 y 146 (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1975). Esta última colección, y su prólogo, ilustran la interpretación que da importancia a los hechos artiguistas y los de la cruzada libertadora, y son por lo tanto consistentes con la visión de Eduardo Acevedo Díaz. La posibilidad de que las lealtades partidarias puedan haber incidido en este debate (Colorados generalmente apoyando 1830, como en el decreto de

Acevedo Díaz naturalmente hubiera apoyado la primera opción, y aunque su nombre no es mencionado en los debates parlamentarios citados, es de esperar que haya hecho una contribución póstuma a ellos mediante sus novelas, periodismo y trabajos históricos. El tema recibe su atención más explícita en el capítulo de *Grito de gloria* titulado 'El esfuerzo nacional'. Allí Berón se enfrenta a la ambigüedad de la Declaratoria de la Florida, y toma posición por la independencia oriental, explicando que la segunda ley de la asamblea tuvo su origen en una decisión forzada por las circunstancias, y 'no era un acto espontáneo de los pueblos oprimidos', que buscaban la autonomía total. 'Pero, no siendo eso práctico por sus solos recursos, ninguno más adecuado como quien saca fuerza de flaqueza, que el de aquella declaratoria'.³⁵ Resume su posición Berón citando 'la frase lacónica pero expresiva que había recogido en más de un labio a raíz de aquella última declaratoria', a saber: '—¡Libertémonos del yugo extraño; y después Dios proveerá!' (*Grito*, 296), que repite un mensaje del diálogo entre Lavalleja y Oribe en el saladero que aparece en el capítulo II ('¿están ustedes conformes en que proclamemos la anexión, como cosa necesaria, dejando al tiempo que confirme o no este acto tan grave?' [*Grito*, 19]). Berón reitera su posición mientras mira la bandera de la cruzada, en cuyo lema, 'Libertad o muerte', 'se resumían sus ideales; en ese grito sus virtudes guerreras. ¿Se obstinaban ellos en probar que eran capaces de ser libres dentro de un gran todo o de una gran patria de comunes sacrificios; o buscaban significar con ese lema, que tenía su origen en Artigas, que toda dependencia les sería odiosa aun dentro de la comunidad primitiva? Se inclinaba a creer esto último' (*Grito*, 296–97).

El tema de la independencia domina las dos tramas, y tiñe el final de la segunda, donde ocurren dos episodios de interés. El primero relata la actuación de Berón durante la batalla de Sarandí. Habiendo peleado bastante poco en la batalla, el entusiasta pero inhábil soldado Berón ve que hieren al portabandera, un joven 'imberbe', lo que lo conmueve sobremanera y lo inspira a agarrar él el pabellón (*Grito*, 321). Mediante este acto Berón asume el papel que había jugado Cuaró en la derrota artiguista de Catalán (*Grito*, 59), pero como le faltará la fuerza del indio, ha de caer herido mortalmente. Su función es por lo tanto simbólica. La relevancia de la nueva batalla para la interpretación independentista de la cruzada queda clara cuando Berón da un grito que sólo se puede entender desde una perspectiva posterior al evento: 'agitando la bandera gritó con desesperado brío: —¡Sarandí por la patria!' (*Grito*, 323). Con este grito Acevedo Díaz otorga contemporáneamente un valor a la batalla en curso

Rivera de 1834; Blancos tendiendo a preferir 1825) es mencionada por Oscar H. Bruschera, en su 'Análisis crítico del debate parlamentario de 1923', en el número 19 de *Cuadernos de Marcha* citado, pp. 15–16.

35 Eduardo Acevedo Díaz, *Grito de gloria* (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1964), 295. Se darán las páginas entre paréntesis en el texto.

que sólo adquirirá más adelante, y específicamente en la interpretación que el autor dará en sus propios ensayos. Berón es herido fatalmente y su sangre se mezcla con los colores de la bandera, lo que da un tono trágico y literal a la célebre proclama de la cruzada y lema del pabellón: 'Una bala atravesó el pecho de Luis María, derribándolo de espaldas. Quedó tendido con el estandarte de su escuadrón abrazado sobre el pecho, de cuya herida manaba un hilo de sangre muy roja que se fue distendiendo en la seda hasta formar una gran mancha en el blanco y celeste' (*Grito*, 325). Berón, literalmente, y porque carece de la fuerza necesaria, ha de morir por la libertad de su patria.

El segundo episodio digno de atención en la parte final de la novela es la reacción de Berón al enterarse de la incorporación de los argentinos a la cruzada, que le llega poco antes de morir. Lo que ocurre en efecto es una reiteración de la conclusión a que llegan los patriotas que planean la cruzada libertadora en el ya citado capítulo II de *Grito de gloria*. Al oír de Don Luciano que 'los argentinos vendrán, porque ya se declara incorporada la provincia a las otras como buena hermana', el semblante de Berón se muestra 'iluminado de súbito por una radiación de contento', y 'desde ese instante hasta la noche, la noticia transmitida pareció hacer revivir al paciente' (*Grito*, 367, énfasis añadido). Tal reacción sugiere su aprobación de la pragmática y más flexible propuesta de Oribe en el saladero del capítulo II: '—En la posición en que nos encontramos, y persuadidos de que solos no haremos patria, convendría que prometiésemos reconstruir la familia. De este modo el gobierno [de Buenos Aires] quedaría obligado, y los generosos sentimientos de nuestros hermanos lo impulsarían a protegernos abiertamente' (*Grito*, 17). Pero Berón también da una respuesta verbal que refina esta actitud y lo acerca a la ya citada postura más claramente independentista de Lavalleja en el saladero ('la anexión, como cosa necesaria, dejando al tiempo que confirme o no este acto tan grave'), pues murmura 'con acento de fe profunda: —Entonces seremos libres de veras. ¡Loado sea el esfuerzo!' (*Grito*, 367, énfasis añadido). Estas palabras casi finales del protagonista confirman la postura independentista de Acevedo Díaz sobre la cruzada, pues Berón no oye el mensaje literal de don Luciano, y entiende en cambio la unión como *equivalente* a la independencia. La actitud de Berón le da un tono positivo al final de la doble novela de Acevedo Díaz sobre la Cisplatina, que quedaría apoyado también por otros dos detalles. El primero es que Berón muera enamorado y ayudado por los besos de Natalia ('—Yo habré apresurado su muerte [...]. Pero él lo quería ...' [*Grito*, 374]); el segundo, que al expirar el héroe salga el sol, en una imagen feliz (y digna del romántico que asoma eventualmente en las novelas) del amanecer de la nueva patria: 'De afuera venía como una oleada de vida cargada de trinos y de aromas; y las luces brillantes no tardaron en unirse al festival de la mañana' (*Grito*, 375).

Conclusión

La comparación entre los dos primeros practicantes de la novela histórica en el Uruguay revela entonces un similar interés en hurgar en los orígenes de la nacionalidad para contribuir al sentimiento patriótico; por otro lado, hay variación en la utilización de los hechos históricos y en la carga ideológica que acarrea cada uno. Ambos novelistas sitúan sus ficciones en un marco de historia verídica, pero el primero es en general más laxo en cuanto a la veracidad y su mensaje ideológico es algo simplista. El continuador, en cambio, trabaja más cerca de los datos históricos, y desarrolla una más compleja interpretación del pasado, cuyas repercusiones son de interés a un sempiterno debate nacional.

En su trabajo clásico sobre la novela histórica, Georg Lukács nota una serie de características en la obra del originador del género, el escocés Sir Walter Scott. Una de ellas es que sus héroes ficticios son gente común, ni superiores ni inferiores al promedio; otra, que no son ellos propiamente los protagonistas, sino la época en que viven; una tercera, que los grandes héroes de la historia verdadera que intervienen en la ficción lo hacen en su terminada evolución.³⁶ Según estos criterios, *Caramurú* no quedaría clasificada en ningún caso; la doble novela de Acevedo Díaz, en cambio, los cumple perfectamente. Un cuarto criterio que ve Lukács en Scott es que sus protagonistas no representan apasionadamente ninguno de los bandos en los conflictos que les tocó observar. Aquí es donde Acevedo Díaz se separa del escocés originador del género (y hasta cierto punto también de Magariños Cervantes, pues en *Caramurú* hay un vínculo de sangre entre los principales enemigos), ya que Berón y sus compañeros tienen una clara afiliación con los patriotas. Habría que examinar detenidamente las circunstancias creativas de Scott para lograr una comparación más detallada entre los dos novelistas, lo que es propiamente tema para otro trabajo; pero ayuda a entender este rasgo de Acevedo Díaz su aspiración, citada al comienzo, de presentar, con el fin de contribuir al sentimiento de la nacionalidad, los 'hechos desde la vida del embrión, hasta el último fenómeno de la obra evolutiva'. No hay en tal meta espacio para la objetividad en cuanto a los enemigos de la patria.³⁷

36 Georg Lukács, *The Historical Novel* (London: Merlin Press, 1962), 33–38. La versión original de este estudio clásico del género apareció en ruso en 1937.

37 Este artículo desarrolla una ponencia leída en noviembre de 2001 en el homenaje a Eduardo Acevedo Díaz en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de Montevideo. El autor agradece el generoso apoyo de la British Academy para asistir al homenaje y poder consultar fuentes locales.

